

NOCHEBUENA EN EL MAR

(Traducido por Diego Rafael de Guzmán)

Era el *Arco Iris* una soberbia nave de tres mástiles, fabricada por el estilo de unos buques norteamericanos de gran ligereza y de esbelta proa, la cual con su arbolado ligero y sólidamente sostenido, se deslizaba como dominadora de las aguas bajo el mando de uno de los mejores marinos de Nantes, el capitán Ibán Lamenek, y tripulada por veinte robustos marineros bretones. El graciosísimo bajel, desplegadas las velas, navegando en alta mar con velocidad de diez millas por hora, semejaba un gigantesco alcatraz que fuera acariciando las ondas con sus nevadas plumas.

Tomada su carga y embarcados sus pasajeros, entre los cuales se hallaba un Reverendo Padre marista que venía de Oceanía después de haber permanecido allí por espacio de cinco años, el *Arco Iris* había dejado a Valparaíso a principios de noviembre, o sea mediando la estación de primavera en las costas del Pacífico, doblaba el cabo de Hornos y se dirigía por el norte con rumbo a Buenos Aires, su escala acostumbrada. Esperaba el capitán Lamenek que continuaría así el viaje con felicidad hasta Francia, cuando yendo por las islas de Falkland, a la altura del estrecho de Magallanes, ocurrió a bordo un suceso que causa siempre a los marinos la más profunda emoción si sobreviene en alta mar: una defunción.

En el número de los pasajeros de segunda, recibidos en Valparaíso, se contaban una mujer joven y su hijo, de diez a doce meses, los cuales en el libro de embarques estaban registrados así: María Nollet, viuda, y su hijo Enrique. Frisaba la madre con los veinticinco años; era rubia, de aspecto agradable, apacible, pero

un tanto retraída. Aunque los compañeros de viaje y los marineros la colmasen de atenciones; aunque el capitán del *Arco Iris* no desperdiciase ocasión cuando se acercaba a proa, de decirle alguna palabra cariñosa y de preguntarle por el nene, con todo esto, no se manifestaba franca y respondía con reserva a todas las preguntas, bien fuera por timidez, bien fuera porque no tuviese sino cosas tristes que contar. Sabíase tan solo que era normanda y que su marido, empleado en una grande explotación de minas de plata en las cordilleras, había muerto seis meses después del nacimiento de su hijo, desgracia que había decidido a su viuda a volver a Francia, al lado de su familia. En cuanto a Enriquito, era un rorro vivísimo y sonrosado, que había sacado los ojos azules de la madre y que sonreía ya a los hombres de la tripulación que lo acariciaban.

Acaeció pues que a la pobre mujer, que no obstante ser algo pálida parecía de buena salud, le vino un accidente ocasionado por alguna angina de pecho o la ruptura de un aneurisma, y murió repentinamente. El capitán Lamenek sentó, conforme a las prácticas de a bordo, el acta de defunción de su desventurada pasajera, y se selló el baúl, en el cual no había descubierto nada especial que le informase del estado civil de la difunta.

En vano buscó en él la partida de matrimonio, algún pasaporte, cualquier documento; había encontrado no más que la fe de bautismo del niño, verificado en la capilla de la casa de jesuítas en Valparaíso, mas ese documento no mencionaba siquiera el apellido de la madre; y también algunas cartas de ninguna significación, dirigidas de Francia a la señora y que no contenían ninguna circunstancia especial que le ayudase a averiguar por los parientes paternos o maternos del huérfano.

Comprobado esto y no quedando ya sino una sola esperanza, la de que María Nollel había anunciado su vuelta a Francia y probablemente le iría rotulada alguna carta a San Nazario, el capitán hubo de disponerlo todo para las exequias. No podían ser éstas sino lo que son los funerales a bordo, lejos de tierra; lo mismo para los grandes que para los humildes. El carpintero construyó a toda prisa un tosco ataúd; una excelente mujer, pasajera de proa, acomodó en él a su compañera de viaje; y entrada la noche, dio orden el capitán a dos hombres que sacaran por una de las troneras la caja, a que se había atado sólidamente, para que no se sobreaguase, una pesada bola.

El padre marista recitó en alta voz las pces de los difuntos.

—¡Al mar! mandó Lamenek.

Dióle el misionero el último vale, y al punto la caja, empujada hacia afuera, abrió las ondas dejando oír un sordo rumor. No pudieron los testigos de esta escena contener un grito de espanto, al cual hicieron eco en la cuna de proa lastimeros vagidos: era que el huérfano se había despertado, y sus tiernos labios con ansia solicitaban instintivamente el seno de la que había desaparecido para siempre.

Al otro día siguieron las cosas a bordo como de ordinario; mejoró el tiempo, y el *Arco Iris* continuó bien su rumbo a Buenos Aires. Por lo que hace al hijo de María Nollel, había sido confiado a la solicitud de la bondadosa mujer, que desde luégo se había encariñado con él. Al niño no le faltaba nada; la cabra que iba con dos crías, en el castillo de proa, tenía abundante leche. Además, los marineros lo habían en cierto modo adoptado. Al caer la tarde, llegada la hora del descanso, tomábanlo suavemente en sus encallecidas manos, y lo hacían sonreír entonándole canciones bretonas.

Transcurrieron así unos ocho días; por fin el capitán Lamenek levó áncora enfrente de Buenos Aires, mas con la intención de no permanecer en la bahía sino el tiempo meramente necesario para completar el cargamento y embarcar una media docena de pasajeros. A las cuarenta y ocho horas zarpaba para salir del majestuoso estuario del río de la Plata, dejar el cabo al Nordeste y hacer rumbo directamente hacia nuestro hemisferio.

En el número de los nuevos pasajeros del *Arco Iris* se contaban dos franceses, el señor y la señora de Lussay, que regresaban a Francia después de larga permanencia en la República Argentina. El marido, Jacobo de Lussay, alumno que fue de la escuela politécnica e ingeniero de mérito, tenía apenas treinta y dos años. Era un caballero de gallarda disposición, de porte distinguido. Su mujer, Raimunda, no pasaba de los veinticinco años; realzaba su hermosura una tez aperlada de meridional, grandes ojos oscuros bajo prolongadas y sedosas cejas, y unos abundantes cabellos de ébano. Lo que desde luego llamó la atención, lo que se advirtió inmediatamente en el modo de tratarse los esposos, fue su ternura recíproca, la igualdad de sus inclinaciones, el anhelo manifiesto de no vivir a bordo sino uno para otro, de evitar toda relación que viniese en detrimento de su dulce intimidad. Acabada la comida, en vez de quedarse en el salón o de estar en el puente con los compañeros de viaje, se refugiaban en la parte de atrás de la toldilla, cerca de la baranda, y allí, enlazadas las manos, se aislaban de la demás gente. Meditaban, permanecían silenciosos, como si temiesen comunicarse los pensamientos que les asaltaban. Un día, sucumbiendo al terror secreto que la oprimía, la señora de Lussay dejó caer la cabeza sobre el hom-

bro de su marido, diciéndole bajo, muy bajo, con voz doliente:

—¿Para qué hemos de volver por allá, si Dios nos arrebató el angel del perdón que nos había dado? ¿No van otra vez a desecharme y maldecirme?

—Raimunda mía—respondió vivamente el señor de Lussay, estrechando a su joven esposa contra su pecho—déja a un lado esos horribles temores. Nada semejante es posible. La misma desgracia que nos ha agobiado abrirá para nosotros de par en par la puerta que antes se nos cerró tan cruelmente. Apárta esos recuerdos, y adquiere al contrario confianza en lo futuro.

Era que aquel drama de familia que con desesperación recordaba, no era para ella menos ultrajante que doloroso. Puede referirse en pocas líneas.

Hijo de un coronel de caballería sin bienes de fortuna, a quien su mala salud había hecho pasar a la carrera civil antes de los cincuenta años, y de una mujer que se ufanaba de la nobleza de su raza todavía más que su mismo marido, Jacobo fue destinado desde temprana edad, por su padre y su madre, a dar nuevo lustre a sus blasones por medio de un rico y ventajoso enlace, al cual nada tenía de particular que aspirara, por razón de su nombre y de sus condiciones personales. Mas el día en que la condesa de Lussay llegó a anunciarle a su hijo que iba a darle, dentro de su esfera, se entiende, una esposa dos veces millonaria, hubo de declarar Jacobo a su madre que tenía ya esponsales con la señorita Raimunda Besnier, hermana de uno de sus antiguos condiscipulos de la Escuela Politécnica, dama plebeya y sin bienes de fortuna, es verdad, pero a quien amaba y de quien era amado. Sólo ella sería su mujer, y así se lo había jurado.

El conde y la condesa de Lussay intentaron al principio luchar contra el proyecto de su hijo, mas aquello

fue inútil. Tenía empeñada su palabra el mancebo, y la cumpliría de cualquier manera.

Fue entonces completo, decisivo, el rompimiento entre el joven y los padres. Desvanecidas sus esperanzas, la condesa llegó al extremo de maldecir a su hijo, y Jacobo, echado de la casa paterna, pudo casarse, pero después de hacer intimaciones respetuosas.

Efectuada esa unión, hizo toda diligencia por ver de nuevo a su padre y a su madre, lo cual fue inútil, pues se le negó la entrada a la casa de modo implacable. Entonces, lacerado el corazón, se embarcó acompañado de su joven esposa para la República Argentina, con objeto de buscar mejor suerte, y allí, así como encontró acomodo, procuró reanudar relaciones con la familia; mas transcurrió cosa de un año sin que hubiese recibido respuesta alguna a las cartas que dirigió. Por fin un día le puso su padre unas líneas, entre las cuales creyó Jacobo traslucir algo de la ternura que inspiraba en otro tiempo. En breve menudeó su correspondencia, y el conde le contestaba cada vez con mayor confianza. Tan sólo la señora de Lussay, a pesar de sus muchos achaques, no vencía su rencor. Ocurrió luego un suceso aguardado con impaciencia, que le restituyó la esperanza de obtener al fin perdón, y fue que Raimunda le dio un hijo. Imposible, pensó, que el nacimiento de un heredero del nombre de Lussay no tenga influencia alguna en el ánimo y el corazón de la altiva condesa. Habiendo informado a su padre sobre el particular, recibió de él estas líneas:

«Si tu madre, cuya salud me inquieta cada vez más, no te escribe todavía por este correo, creo seguramente que es sólo porque su orgullo experimenta aún un postrer combate con su cariño materno. Suele parecerme que si de pronto, en el momento en que hablamos de tí, te presentases entre tu mujer y tu hijo, echa-

ría sus brazos a todos tres. Tal vez no te ha acabado de perdonar, mas pudiera decirse que un nuevo corazón, el de abuela, late en su pecho. No resistiría ella a una sonrisa de su nieto.»

No se necesitó más para que Jacobo adoptase con Raimunda la resolución de regresar a Francia sin pérdida de tiempo; de modo que al cabo de cuatro meses, arreglados por el ingeniero todos sus negocios, estuvo la novel familia en disposición de partir. Habían asegurado pasaje en el *Arco Iris*, que tenía que hacer escala en Buenos Aires, y el desterrado había anunciado ya su llegada a París en determinada fecha. Mas cuando menos lo pensaron, les fue arrebatado por el crup una mañana su hijo adorado, después de haber éste padecido la dolencia tan solo por algunas horas.

La desesperación de los dos esposos fue inmensa, indecible. Raimunda se vio por ocho días entre la vida y la muerte, y así como volvió en sí para preguntar locamente por su hijo, su queridísimo Enriquito, se resistía todavía a creer que no existiera. Sumidos en llanto pasaron así cerca de un mes ambos desventurados, llanto que hacía más amargo el recuerdo de que los médicos llamados en consulta cuando el alumbramiento de la señora de Lussay, no habían dejado a ésta mucha esperanza de que pudiera ser madre otra vez. No era pues sólo el presente halagüeño lo que había desaparecido, era al propio tiempo lo porvenir. Y los desdichados continuaban inconsolables, desconcertados, anonadados en la desgracia, acaso irreparable, que les había sobrevenido. Por fin se les avisó un día por la mañana que el *Arco Iris* estaba en la bahía.

Miráronse a la sazón Jacobo y Raimunda; renovaron sus recuerdos, y ambos al par se abrazaron estrechamente. Un mismo grito se escapó de sus labios embargados por los sollozos:

—¿Con qué objeto hemos de partir ya? ¡No es a nosotros a quienes por allá se espera, es a él!

El señor de Lussay, con todo esto, no tardó en cobrar ánimo; y con suaves razones logró comunicarlo a la pobre madre. Tras una última plegaria sobre la tumba de su hijo, se habían embarcado.

Entretanto, favorecido por los días hermosos que iban sucediéndose, el *Arco Iris* adelantaba hacia el Ecuador. Decía el capitán Lamenek que rara vez había hecho vieje tan rápido, y a los pasajeros que habían doblado el cabo de Hornos y se acordaban siempre de sus ondas amenazadoras, les parecían apacibles las marejadas del trópico y se contemplaban ya al término de su travesía. Si el niño adoptado por los marineros no hubiese estado allí para hacer recordar a la desventurada cuyo cuerpo había desaparecido en el abismo, apenas se habría guardado memoria de tan conmovedor episodio.

El señor y la señora de Lussay vivían de continuo retraídos, embargados por sus recuerdos dolorosos y dominados por el temor de la acogida que les esperaba en París, sin que les interesase nada de lo que tenían cerca, excepto el huérfano, a quien Raimunda iba a abrazar y a acariciar a menudo, con lastimado corazón. Transcurrían así los días de bonanza, monótonos, cuando una tarde el jefe de la tripulación se abocó con el capitán Lamenek, y quitándose el gorro le dijo:

—Patrón, mañana estamos a 24 de diciembre, y holgaríamos celebrar la Navidad, como si estuviésemos por allá en nuestra inolvidable tierra de Bretaña.

—Nada más fácil que lo que dices, chico; excelente idea, respondió al punto el bondadoso marino, mas hay que ver cómo se procede. ¿Y el belén y la misa del gallo, y la cena de navidad? Vamos, me encargo de

esto último, prevendré al despensero y al mozo de cocina. ¿Pero lo demás?

—El padre marista nos dirá la misa. En cuanto al belén, uno de nuestros jergones suplirá; reemplazaremos el buey y el asno con el camero y la cabra que van en el castillo de proa; nuestro huérfano hará de niño Jesús, y tal vez la hermosa dama que está por ahí—designaba a la señora de Lussay—quiera ser la Virgen. Nunca el Salvador, en nuestras Navidades de Bretaña, tuvo madre más bella.

—Me parece muy bien, maestro Oilic; date prisa. Prepára tu navidad, que yo voy a disponer que sangren al compañero de san Antonio que gruñe debajo de la lancha, para que el embuchado no nos falte en la cena.

Oilic dio a su jefe gracias muy cordiales, y corrió a llevar la buña nueva a sus hombres, en tanto que el capitán Lamenek, acercándose a la mujer de Jacobo, le decía:

—Mi tripulación, señora, celebrará mañana la navidad; tiene ya su Jesús en mi huerfanito de proa y todos los demás personajes, menos la Virgen: naturalmente le ha ocurrido que usted podría figurar por ella. ¿Quiere usted proporcionarle el gran placer de desempeñar tal papel? Eso siquiera distraerá a usted un tanto.

Raimunda, apoyada en el brazo de su marido, puso los ojos en éste interrogándole con la mirada.

—¿Por qué no? dijo el ingeniero.

—Entonces, no hay inconveniente, contestó la dama al capitán, con ademán de complacencia. ¿Cómo podría dejar de hacerlo en agradecimiento a todas las finezas de usted con nosotros?

Con esto, habiendo el capitán Lamenek dado las gracias a su linda pasajera, se encaminó a proa con objeto de hacer saber a la tripulación la condescen-

dencia de la *bella dama*, quien a la sazón decía con íntimo sentimiento.

—¡La Virgen! ¡También ella perdió su amadísimo hijo!

Al otro día, después de haber recibido instrucciones del padre marista y de haberse entendido con la señora de Lussay, Oilic lo dispuso todo, y un poco antes de media noche, el puente del *Arco Iris* presentaba un aspecto de los más pintorescos.

Detrás del palo mayor, bajo dosel sostenido de una de las vergas, y formando cobertizo sobre una balaustrada de hierro, se había colocado el pesebre, tosca cuna, de forma primitiva, pintada de color apropiado, en la que, medio desnudo y compuesto para su papel de Jesús, dormía Enriquito, fresco y sonrosado, sobre un lecho de chamarasca. A la izquierda, sentada sobre un escabel, veíase a la pobre Raimunda, por todo extremo hermosa, con amplio manto azul celeste, el cual, dando vuelta a su frente, se descogía a lo largo de su traje de un azul más oscuro. Las manos juntas, los grandes ojos humedecidos, fijos en el divino infante, meditabunda y con la frente inclinada a impulso del dolor materno que se reavivaba en su corazón, aquella dama era ideal expresión de una Virgen de Rafael. A la derecha, grave, con el rostro poblado de una luenga barba hecha de estopa, vestido como correspondía, y simbolizado por los utensilios que tenía en las manos, el carpintero de a bordo representaba a José, y al pie de la cuna, la cabra y un carnero completaban el legendario cuadro.

De uno a otro extremo, el puente del *Arco Iris* se veía iluminado por faroles colocados a lo largo de los empalletados; los hombres de la tripulación, de pie alrededor del pesebre, y todos los pasajeros agrupados a derecha e izquierda en torno del altar, que se había dispuesto delante de la toldilla, y donde el Reverendo

padre marista comenzó la misa a las doce de la noche en punto, ayudándole dos grumetes que a menudo en su tierra natal desempeñaron las mismas funciones en servicio del capellán de su modesta iglesia.

Los asistentes oían la misa con profundo recogimiento; la brisa, soplando suavemente entre las jarcias y las poleas, acompañaba con sus murmurios las palabras del sacerdote; deslizábase él bajel por el sosegado mar, y los relámpagos de calor, que de vez en cuando cruzaban el cielo oscuro, espeso, bajo y sin estrellas, aumentaban con sus vislumbres fugaces la piadosa poesía de aquella misa de Navidad en mitad del océano.

Acabada la celebración del oficio y después de bendecir a los fieles y a la misma nave, el padre marista se apartó del altar y se dirigió al pesebre, ante el cual se postró santiguándose, en tanto que el niño Jesús, que se había despertado, echaba alrededor de sí miradas de maravilla, y sonreía.

En aquella sazón, hacia las extremidades de las vergas y de los mástiles surgieron llamas azulinas, así como sobre las cabillas de hierro del cobertizo bajo el cual estaba la divina cuna. La rubia cabeza del hijo de María parecía rodeada de aureola celestial. Dieron los pasajeros un grito de sorpresa a que se unía no poco de espanto, pero los marinos, para quienes el fenómeno eléctrico del fuego de san Telmo no era nuevo, aplaudieron aquella súbita iluminación que el cielo enviaba a bordo, y que alumbraba el desfile de los pastores vestidos a la bretona; luégo, al són de los caramillos con que los dos gaveros de Plougastel solemnizaban la Navidad, cantaron los marinos:

¡Jesús, el deseado! ¡Del trono del cielo
Envuelto en la noche descendes al fin!

Estrellas amantes te abriguen del hielo;
Arrúllente brisas de rosa y jazmín.

¡Es noche de Navidad!
Hombres! astros! adorad
Al que a todos nos creó,
Y es hoy Dios y humanidad.

Llegaste, Dios niño, y en pasmo profundo
Tu mísera cuna nos mueve a llorar,
Que Tú por nosotros viniste hoy al mundo,
Morada de ingratos, mansión del pesar.

¡Es noche de Navidad!
Hombres! astros! adorad
Al que a todos nos creó,
Y es hoy Dios y humanidad.

Hé aquí que de lo alto los ángeles vienen.
Y a sus arpas de oro uniendo su voz
En torno a tu cuna el vuelo detienen
Tu gloria cantando, Jesús niño Dios.

¡Es noche de Navidad!
Hombres! astros! adorad
Al que a todos nos creó,
Y es hoy Dios y humanidad.

¡Jesús, mi Dios niño! De Ti no me aparte
Ni en vida ni en muerte, ni en cielo ni aquí.
Si quiero esta vida, sólo es por amarte;
Mas venga la muerte si muero por Ti.

¡Es noche de Navidad!
Hombres! astros! adorad
Al que a todos nos creó,
Y es hoy Dios y humanidad.

Repetido el coro por la tripulación, al cual acompañaban ya los pasajeros, el capitán alzó la voz y dijo:
—¡Ahora a tomar la nochebuena!
Y todos se sentaron a la mesa aderezada en proa.

La señora de Lussay, que no había querido dejar a su dulce Jesús sino después de mecerlo hasta que se durmiera, ocupaba el puesto de honor enfrente del capitán, y en breve estuvo la cena llena de regocijo y de contento. Nada, por otra parte, faltaba en el festín; ni el embuchado, ni la fruta de sartén que se acostumbra por navidad, ni el vino, ni aun sidra. Duró la fiesta hasta muy tarde; la brisa sutil que hinchaba apenas las velas altas de la nave era bastante para que no hiciese necesaria maniobra alguna.

Sólo la mujer del ingeniero estaba como inquieta en medio del regocijo general, y cuando al fin se encontró aparte con su marido, le dijo con voz trémula echándose en sus brazos:

—Enantes, al tener en mi regazo al niño Dios, se me antojó por un momento que nos había sido devuelto nuestro amadísimo hijo. El pobre niño no tiene madre, y nosotros hemos quedado sin nuestro hijo. ¡Este huérfano sería salvador para nosotros!

—¡Ah! Raimunda querida, el mismo cielo te inspira esos sentimientos. Cierto; el desdichado no tiene ya a nadie en el mundo. Recibámoslo nosotros. ¿Quieres que reemplace al que perdimos? Tiene la misma edad...

—¡Y los mismos cabellos rubios, los mismos grandes ojos azules, los tuyos! Y también se llama Enrique, como el nuestro.

—¿De modo que tu voluntad es decidida a este respecto?

—Sí, Jacobo, sí. Así ya no podrían desecharme por allá, como temí que lo hicieran, si me hubiesen visto llegar con los brazos vacíos.

—¡Vamos! ¡Bendiga el cielo tus anhelos!

En diciendo esto, estrechó en su pecho a su bondadosa mujer, en cuyos labios, a la esperanza del perdón, se dejó ver una sonrisa.

Al otro día, muy temprano, el señor de Lussay rogó al capitán que le atendiese un momento para hablar con él. Comunicóle la idea que les había ocurrido a su mujer y a él de adoptar a Enrique Nollet.

—La señora de Lussay—le dijo—tuvo un hijo que por poco le cuesta la vida, y los médicos no le dejan esperanza alguna de ser otra vez madre. Perdimos aquel hijo hace poco menos de un mes, antes de nuestra partida de Buenos Aires, y mi mujer ha quedado inconsolable. Desempeñando anoche su papel, observó con extrañeza que el niño Nollet se parecía a nuestro difunto hijo, quien tendría hoy la misma edad, a que se agrega el llamarse Enrique como el otro: y se imagina que es el mismo cielo quien lo puso en su regazo para salvarla de la desesperación y reavivar su amor materno. ¿Quiere usted confiar a nosotros el huérfano? Haremos de él un hombre de bien, y por lo tanto un hombre dichoso, bajo el nombre de Enrique de Lussay.

—Nada más satisfactorio que eso—contestó el digno marino, que había escuchado a su pasajero con emoción—sólo que encontraría muchos obstáculos ejecutar tal proyecto. Entre los papeles de la señora Nollet no encontré nada que pudiese ponerme en camino de saber de su familia o de la de su marido, pero acaso la pobre mujer habrá anunciado su regreso a Francia, y entonces sucederá que se le aguarde en San Nazario, o que se me entregue alguna carta dirigida a ella, con la cual pudiéramos obtener datos. Ahora bien, si por alguna carta, o de cualquiera otra manera, sé yo que Enriquecito tiene abuelo, abuela o pariente de cualquiera especie, será mi deber informar a ese pariente de la muerte de la señora Nollet, y de que se encuentra su hijo al lado de las personas a quienes yo lo haya entregado.

—Verdad. Ni mi mujer ni yo habíamos pensado en tales dificultades. ¿Qué hemos de hacer?

—Aguardar. Tengo esperanza de que antes de un mes llegaremos a San Nazario, donde ya tendremos sosiego.

—Entonces, aguardemos; usted sin embargo, nos permitirá que continuemos prestando a bordo toda atención al huérfano.

—¿Y será eso prudente? Si la señora de Lussay llegase a cobrar al niño un cariño demasiado vivo, ¿quién podrá arrebatárselo de su lado, considerándolo ella como suyo?

—Querrá decir que experimentará un nuevo dolor, mas hasta entonces a lo menos habrá esperado. Y luego no sucederá lo que usted supone, fuera de que aun en caso de que el niño a quien cuenta usted como pasajero, sólo tuviera parientes lejanos, no nos rehusarían éstos la autoridad para darle nuestro nombre.

—¡Ea! Procedan ustedes como les venga en voluntad. Deseo íntimamente que la buena acción que ustedes proyectan no encuentre tropiezo alguno, y en apoyo de ella no omitiré diligencia.

De aquel punto en adelante, Raimunda vino a ser otra madre para el niño Enrique, por supuesto que sin apartarlo de los cuidados que le prodigaba la excelente mujer que lo había atendido. Pasábase largas horas junto al nene, acariciábalo como si fuera ya su hijo adoptivo, pronunciando para provocar sus sonrisas y hacerse querer de él, aquellas adorables e ingenuas fórmulas maternales que ella había empleado antes con su propio hijo.

El *Arco Iris* entretanto continuaba su rumbo, y el 15 de enero, a puestas del sol, uno de los vigías indicó las señales de la embocadura del Loira. El bajel se puso al paio, y otro día, al amanecer, maniobró el

piloto. Algunas horas después fondeaba en la bahía, cerca del muelle de San Nazario.

Raimunda y Jacobo desembarcaron al punto y fueron a acomodarse en la fonda con el huérfano a quien el capitán Lamenek les había permitido llevar. Estuvieron una gran parte del día con el mayor desasosiego, hasta que al fin el comandante vino a buscarlos y los tranquilizó. Por el correo que aguardaba el *Arco Iris* no se recibió carta alguna dirigida a la señora de Nollet, y nadie tampoco había venido a preguntar a bordo por ella.

No obstante, era indispensable esperar algunos días más, antes de tomar determinación. El comandante comenzó por informar a las autoridades competentes acerca de la defunción que había ocurrido a bordo; luego se hizo sabedor al juez de paz de San Nazario, tutor legal del niño Enrique Nollet, acerca de las intenciones del señor y la señora de Lussay; e informado de la posición de la nueva familia, no vaciló el magistrado en dejarles el niño, con la condición única de que el señor de Lussay mantuviese correspondencia con él para proceder ulteriormente conforme a la ley y en interés del huérfano, y según diese o no la familia señal de existencia.

Convenidos en esto, después de despedirse, lo mismo que su mujer, del comandante del *Arco Iris*, anunció Jacobo por telégrafo a su padre que acababa de desembarcar en San Nazario con su mujer y su hijo Enrique, y que todos tres tomarían al día siguiente el tren de la mañana para París. A pocas horas recibía esta respuesta:

«Tu madre se halla muy quebrantada de salud, pero no tiene menor impaciencia que yo por verte acompañado de tu familia. Tu antiguo cuarto de solte-

ro está arreglado para recibirte. Muchos cariños para todos.»

Anegados los ojos en lágrimas, la joven esposa leyó repetidas veces aquel telegrama, y al otro día por la mañana tomó puesto con su marido y el hijo de María Nollet en parte reservada.

¡Ah! El huérfano no se veía ya envuelto humildemente en pañales, como a bordo. Su pobre ajuar había sido reemplazado por mantillas de finísima tela, cofias de encaje, cobertores bordados; y en las doce horas de viaje no dejó sino por ratos el regazo de Raimunda, quien lo estrechaba en su pecho, como si temiese que vinieran a arrebatárselo.

En París, cuando se apearon en la estación de Monte Parnaso, asaltóle nuevamente un terror loco. ¡Si la condesa de Lussay llegaba a descubrir la verdad! ¡Si despertándose otra vez su orgullo, la acogía con ademán desabrido, altanero! ¡Si no le abría su casa sino por lástima! ¡Quedaría ella suspensa, sin decir palabra, y todo se perdería!

Esto no obstante, el ingeniero, aunque él mismo anduviese azorado, la tranquilizó; entraron en el coche, y a los diez minutos se hallaban a la puerta del conde de Lussay. Su padre, que lo había columbrado desde una de las ventanas, corrió a su encuentro hasta la escalera y le alargó los brazos.

Echóse Jacobo en ellos con efusión; y luégo, así como estuvieron en el aposento, tocóle a Raimunda, a quien abrazó tiernamente el coronel, llamándola hija. En seguida tomó al niño, cuyos expresivos ojos parecía que hablaban, y cuyas mejillas robustas y sonrosadas besó con dulzura varias veces, replicando:

—¡Cómo se parece a ti, Jacobo, y qué bien has hecho en volver! ¡Démonos prisa! Tu madre nos está esperando!

Comenzó entonces la joven a herir nuevamente de pie y de mano; cogió otra vez con afán al niño Enrique, para cubrirse con él como con invisible escudo, y todos cuatro entraron en la pieza en donde los esperaba la enferma, medio incorporada en una silla poltrona.

La señora de Lussay había envejecido, y daba muestras de estar muy enferma, mas su fisonomía había conservado la mayor nobleza y su expresión severa característica. Hubiérase asegurado que había puesto empeño en no dar a conocer emoción alguna, pues aunque sin duda se hubiera turbado, permanecía inalterable su fisonomía.

—Aquí están todos tres, dijole el coronel, haciéndose a un lado para dar paso a los que volvían del destierro.

—¡Madre! exclamó Jacobo, yendo sin detenerse a hincarse de rodillas delante de su madre.

La condesa, sin decir palabra, tomó la cabeza de su hijo entre sus enflaquecidas manos, en tanto que miraba de hito en hito a Raimunda, quien se acercaba poco a poco, pálida, mostrando por su ademán no poder resistir a las miradas escudriñadoras de aquella madre a quien tres años antes había ella privado de su hijo. En efecto, parándose de pronto, con el temblor que la dominaba, estuvo a punto de desmayar.

Entonces su marido se levantó, acudió a ella, a quien ya el conde sostenía con el brazo, y le dijo:

—Animo, Raimunda, mi madre está esperándote con nuestro hijo, para abrazar a uno y otro.

—Mas la joven lo apartó balbuciendo con esfuerzo como si las palabras le quemasen los labios al salir:

—¡Nuestro hijo! ¡nuestro hijo! ¡Oh! ¡Nó, nó, nunca me atreveré!

Y cayendo de rodillas, lloró, inclinada la frente.

—¡Perdón, señora condesa, perdón!

—¿Perdón? ¿Y qué tengo yo qué perdonar? preguntó con inquietud la señora de Lussay.

Y como callaba su nuera, contestó secamente, dirigiéndose a su hijo al mismo tiempo:

—A ver, hablad. Hable el uno o el otro.

—Sí, hable usted, repitió el coronel con amabilidad, levantando a la joven.

Raimunda no respondió sino dirigiendo a su marido una mirada de súplica. Este entonces, acercándose afanosamente a su madre le dijo:

—¡Sí, tiene ella razón! Es mejor no prolongar la mentira.

—¡La mentira! ¡Qué mentira! dijo la condesa con estupor en que se notaba cierto orgullo. ¿Tal vez con relación a este niño?

—¡No es nuestro!

—¡No es vuestro! ¿Y os habéis atrevido?.....

—Ruego a mi madre que me escuche y no nos condene sin oírnos. ¡Si ella supiera todo lo que hemos experimentado en el espacio de seis meses! El día en que mi padre me escribió: «Volved todos tres,» se despejó súbitamente nuestro horizonte. No nos volvimos a acordar de las horas dolorosas de lo pasado, una vez que veíamos que su corazón nos había sido devuelto, lo mismo a ella que a mí, y al que había de llevar nuestro apellido: ¡Ah! ¡Cuán dichosos nos considerábamos! Luégo, de repente, aquella dicha huyó para nosotros con aquel que nos la había traído. ¿Por qué el cielo ha sido tan cruel con nosotros, cuando pensábamos haber expiado lo bastante?

—No te comprendo, dijo la enferma con voz más suave.

—Expílicate, hijo mío. ¿Qué es lo que ha pasado? preguntó el conde, cogiéndole cariñosamente la mano, en tanto que con la mirada animaba afectuosamente a

la nuera, que se había dejado caer en una silla, y regaba con lágrimas al tierno infante a quien amaba ya tan íntimamente.

Con esto, Jacobo, volviendo a su madre y sentándose junto a ella, refirióle con inexplicable acento de dolor, cómo había perdido su hijo, de manera repentina en vísperas de embarcarse para Europa; cómo él y su mujer, condenada a no volver a ser madre, se habían preguntado en aquel punto si tenían derecho de regresar solos, sin aquel cuyo nacimiento había abogado tan elocuentemente por su causa; cómo no habían podido resistir al poderoso anhelo de entrar otra vez en la casa paterna, de donde los que antes se sentían ofendidos por ellos, no tendrían valor de desecharlos de nuevo; cómo, embarcados, habían conocido al huérfano, que en la noche de Navidad se les había presentado bajo la forma divina del Salvador, y cómo por último habían reflexionado que, para alcanzar el fin anhelado con tanta vehemencia, entrevisto con acendrado sentimiento filial, les sería perdonado hacer uso de aquella piadosa mentira que Raimunda, por honradez y respetando a la persona que debía ser engañada, no había podido sostener.

Y Jacobo repitiendo *¡perdón! ¡perdón!* besaba las manos de su madre.

Profundamente conmovido, había instado a la nuera a que dejara la silla, y la conducía con amabilidad, llevando aquella en los brazos al niño Enrique, en dirección a la señora, quien los miraba acercarse sin llamarlos otra vez, pero no rechazándolos ya.

En aquella sazón comenzó el niño a sonreír; alargó sus manecitas hacia la persona cuyos grandes ojos se habían fijado en él, y cual avecilla que quisiera gorjear, modulaba: *¡mamá! ¡mamá!*

Entonces, tras una larga vacilación, postrer suspiro de su vencido orgullo, y como si dejara de ser madre para hacerse de pronto abuela, la condesa apartó a su hijo y alargó los brazos a aquella de quien por tanto tiempo había abominado, y al inocente pequeñuelo que, de la propia manera que el recién nacido del pesebre de Belén, rescataba las faltas de lo pasado.

De allí a quince días, mediante la diligencia de adopción legal, el estado civil del hijo de Maria Nollet constaba para siempre, y a poco la salud de la condesa, a quien su hija política rodeaba de cariño y de cuidados, fue mejorando a toda prisa, de modo que los médicos no dudaron de su cabal restablecimiento.

En cuanto al conde, que desde luégo hizo al nietecillo objeto de entrañable amor, pensaba ya en hacer del infante un soldado, y le repetía con fruición, haciéndole saltar sobre sus rodillas:

—¡Si, tú serás algún día un guapo oficial, como lo fue tu abuelo, y, por lo menos, otro coronel conde de Lussay!

Así había bendecido el cielo el piadoso pensamiento que había inspirado a Raimunda, desesperada, en la noche de Navidad.

1899.

R. DE PONT-BEST

